

## Relatos sobre Venezuela

[*Las manos grandes de la niebla*, 1964]

Juan Liscano

*Zona Franca*, 13-14. zk., 1965-03.

Nueve relatos, "escritos para comprender a Venezuela", explica el autor, Martín de Ugalde, vasco del exilio residenciado en nuestro país desde hace muchos años. El denominador común de estos cuentos es la muerte y éstos se identifican con un elemento natural simbólico: la niebla, es decir el altiplano; la arena, o sea la playa; la sal, y la acción se traslada a Araya, a las salinas; el barro, y estamos en un sórdido dispensario de la capital, donde acude una madre con el niño agonizante; el asfalto, estampa fantasmal de Guanoco, pueblo arruinado del petróleo muerto; la madera, conflicto que asoma entre dos camioneros de esos que transportan las pesadas cargas de árboles cortados en las selvas de Barlovento; la perla, con referencia a la pesca de ostras en margarita; el aceite, dramático antagonismo entre dos hermanos, en los campos de petróleo del Zulia; el cemento, cuento urbano con protagonistas miserables, vagabundos de la ciudad.

Estilo realista y directo, adecuado el tema tratado. A veces el protagonista habla en primera persona; a veces el autor narra lo sucedido; a veces –como en *A la Voluntad de Dios* (la sal)– el relato adquiere una dimensión interior un tanto alucinada, como si se estuviera leyendo lo que le pasa por dentro a los personajes. Estos pertenecen a la gran masa anónima venezolana: campesinos de los Andes, gente pobre de la urbe, camioneros, pescadores, salineros, obreros del petróleo, desempleados. Forman parte del ambiente. Este destiñe sobre ellos. El autor no cae en ningún momento ni en el folklorismo, ni en el pintoresquismo, ni en el criollismo fácil, ni en el cartel populista. Es uno de los méritos fundamentales de Ugalde. Con ser profundamente venezolanos, estos cuentos escapan a las limitaciones apuntadas.

Se trata de conflictos psicológicos, de situaciones, de momentos. La muerte ronda, amaga, llega o se aleja tras de empavorizar al hombre. Así, en *Las Manos Grandes de la Niebla*, no se sabe hasta la última línea, si la pequeña hija del campesino Jacobo Santiago, escaldada por una olla de hervido que involuntariamente derramó la madre sobre ella, sobrevivirá al accidente y si el padre logrará comprar a tiempo los ungüentos indispensables. Mínima epopeya de un hombre de parco hablar que lucha a brazos partidos contra su pobreza, su aislamiento para conseguir las medicinas que necesita la enferma. Cuando llega al sitio donde le esperan la hija en brazos de la madre, advierte un silencio, un aire de entierro. Efectivamente, alguien falleció y acaban de llevar sus despojos al cementerio. Pero no es su hija, sino el compadre que hospedó a la niña y a la esposa, mientras él luchaba por conseguir los sueros. El "suspense" está muy bien logrado. En el cuento siguiente (De la arena: *El Latido*) repite el mismo procedimiento, pero esta vez se trata de una familia que bajó a la playa; mientras el padre duerme, el niño se pierde; una

aglomeración de bañistas le hace temer que el niño se haya ahogado; sacan efectivamente a una víctima; no es su hijo; éste se quedó dormido dentro del auto familiar.

En general, Ugalde domina el procedimiento de someter al lector a esa tensión momentánea. También logra encariñarlo con los pequeños seres que describe y cuyas angustias nos alcanzan, de manera directa y despojada. Ninguna grandilocuencia, ninguna nota forzada ni contorsión estilística ni ejercicio de ficción pura, ni artificio, ni regusto por la hinchazón literaria. El temple dominante es la naturaleza interior de sus personajes humildes, sus pequeños dramas cotidianos, el soplo de repentina tragedia que los engrandece dentro de la desgracia, los juegos del azar, las reacciones frente a la aparición de la muerte.

Dos narraciones sobresalen entre todas: *Los Hierros de Guanoco* (del asfalto) y *La Alcantarilla* (del aceite). Ambos textos se relacionan con la explotación petrolera. El primero describe una sombría historia de pesca y de naufragio, no se sabe si provocado o involuntario este último. El clima general, del relato es de pesadilla, de deterioro orgánico y psíquico. Noches pegajosas y húmedas, días de asfixia, restos de cabrias y de depósitos, hierros retorcidos y brumas en las almas. En ese lugar de fin de mundo donde ya no se explota el petróleo, se trenza la tragedia tan confusa y deprimente como el ambiente, entre truenos lejanos, lluvias interminables sobre el río de aguas turbias. *La Alcantarilla* –el relato más importante de este volumen– refiere de manera directa y nerviosa, la pugna entre dos hermanos, el uno, Abilio Reyes, obrero calificado de una Compañía Petrolera; el otro, José del Carmen, desempleado, con un hijo metido a agitador político. El primero está conforme con la vida, gana un salario elevado, se siente integrado a una organización que respeta; el otro está amargado, sin trabajo, y junto con otros miserables como él, desea vender su ranchito a la Compañía para irse a vivir a otra parte. Todos esperan que Abilio les sirva de intermediario para esa operación. Los dos hermanos chocan. El obrero "encuellador" teme que lo metan en líos políticos, encuentra que piden mucho, toma casi la parte de la Compañía contra el hermano que lo increpa y ante su negativa a servir de aliado, le arroja de la vivienda, en una escena de alta tensión emocional. Vuelve al trabajo el encuellador, y ante la vigilancia recelosa de la Guardia Nacional que parece perseguir a unos terroristas, siente la angustia de que José del Carmen, azuzado por la desesperación del desempleo, y también por el hijo comunista, haya intervenido en alguna acción de sabotaje. Se llena de rencores y de temores. El estado de ánimo es poco propicio al delicado trabajo de "encuellar", en el tope de la torre de perforación. Se teme por su vida. Ira y miedo le aflojan las piernas. ¿Caerá? ¿No caerá? ¿Habrà sido el hermano? ¿Le buscará la policía por cómplice? ¿Perderá su empleo? El "suspense" aumenta con las idas y venidas de la lancha policial. Finalmente termina su turno. Se evitó el accidente presentado. En el muelle sabe que su hermano, angustiado por el atentado, corrió a saber si él, Abilio, había sido herido. De pronto se rasga el telón, los rencores se vacían de una vez, y brota un sentimiento afirmativo, de solidaridad y avasallante ternura fraternal.

Dos otros relatos sobresalen, el uno por su técnica interiorizante –*A la Voluntad de Dios* (la sal)– y el otros, por el ritmo de la acción, acorde con la pesada marcha de los camiones, el lento amago de odio entre dos camioneros, el cual se hincha amenazadoramente y el desenlace que, como en el cuento de los hermanos Reyes, exalta

un gesto de solidaridad. Pese al rencor existente entre los dos camioneros, uno de ellos ayuda al otro, accidentado en la carretera.

Ugalde reacciona de ese modo contra la tendencia pesimista que predomina en nuestra cuentística, donde el hombre del pueblo resulta siempre un piojo aplastado por el destino o bien donde los protagonistas encarnan sólo el fracaso. Reacciona también contra el regusto por el tremendismo, la grandilocuencia "miserabilista", el erotismo, el superrealismo sin autenticidad y la pirotecnia metafórica, sin rechaza por ello, todos los recursos estilísticos de un lenguaje rico en imágenes, flexible, nervioso, abundante, pero al mismo tiempo preciso.

Este es el octavo libro de Martín de Ugalde, y el tercero del género narrativo. Se impone destacar la diagramación de Nedo M.F., de una nitidez notable y de un buen gusto singular, así como la impresión.